

amaron : ¡ suba, entre tanto homenaje, hasta el trono del Hacedor Supremo, ese quejido que exhaló mi lira !

Réstame todavía advertirte que cuatro de estos romances han visto ya la luz, uno en el " Anuario Universal " de 1879, y los otros en el " Cronista de Méjico. "

Todos van, como verás, precedidos de un prefacio de nuestro común amigo Francisco J. Gómez Flores, que con tanta benevolencia juzga y ha juzgado siempre mis producciones literarias, teniendo ya, con esto y con tu nombre, una doble coraza, que defenderá seguramente mi libro de los embates á que se ha de ver expuesto.

Tuyo afectísimo

José Peón y CONTRERAS.

Méjico, Febrero 2 de 1880.

PREFACIO

Bosquejar interesantes fábulas dramáticas, sin definir bien sus contornos ni darles la última mano, fué la mira de Peón y Contreras al escribir los romances que hoy publica, colejidos en este pequeño volumen. Rasgos de figuras que acaso alguna vez se destacarán luminosas en el marco del escenario; trazos y diseños de cuadros que quizás algún día se trasladarán á la tela de Melpómene, con más vivos colores y estudiado dibujo; siluetas y perfiles de argumentos escénicos que, andando el tiempo, adquirirán tal vez acabada forma en obras de más aliento: he aquí lo que son estos romances. Ha seguido en ellos Peón y Contreras la práctica del artista que consigna apuntamientos y notas en su libro de memoria, para no malgastar ni hundir en el olvido imagenes ó ideas que le parecen dignas del estro ó del pincel. Tal ha sido su propósito.

Por su naturaleza y atributos son, pues, estos romances dramáticos encantadores bocetos. Las celebradas leyendas fantásticas de Bécquer no vienen á ser otra cosa, según el propio testimonio del sevillano poeta inmortal; ni otra cosa vienen á ser tampoco, los selectos poemas con que Núñez de Arce está hoy acreciendo el brillo y lustre de su nombre. Bécquer no tuvo tiempo para dar mayor extensión á sus leyendas: entiendo que Núñez de Arce no piensa darla en lo futuro á sus poemas: lo voluble y fecundo de la fantasia de Peón me hace cree que tampoco

ampliara sus romances, á pesar de sus vehementes designios. Fúndase éste nada profético augurio mío en la natural aversión de los autores á ocuparse dos veces y por diverso estilo en un mismo tema ó asunto. Juzgo muy difícil, además, que torne á la mente del vate, la espontaneidad con que produjo un poema, sin la cual perdería éste, en la refundición, toda su virjinea pureza y orijinal esplendidez nativa. No se repite con frecuencia el ejemplo de Zorrilla, que utilizó en dramas y leyendas á la par los ingeniosos argumentos de que su rica imaginación y las abundantes crónicas de la madre Iberia le abastecían y colmaban. Algunos de los egrejos dramáticos españoles del glorioso siglo XVII, enamorados de la fecundidad, solieron reproducirse y copiarse en sus novelas escénicas. Alarcón, más cuerdo, no lo hizo nunca. El magnífico drama de *Los Amantes de Teruel* fué retocado y refundido varias veces, según se dice, hasta quedar como se representa en los teatros; pero hay que atender á que Hartzbusch es poeta reflexivo y erudito. En cambio, García Gutiérrez tuvo que desechar la refundición que compuso de *El Trovador*, por haberle hecho venir á menos, y le dejó la irregularidad de su escritura en prosa y verso, defecto shakspeariano que pretendía corregirle. Vacilase en decidir cuál de los dos dramas, *¿Tan largo me lo fiáis?* y *El burlador de Sevilla*, en que Tirso de Molina explotó el tipo lejendario de D. Juan Tenorio, es cronológicamente anterior. Me inclino á suponer que el primero, por parecerme más bello, aunque los dos me encantan. Sucede muy á menudo que las refundiciones no surten el efecto apetecido, y que lejos de mejorar, empequeñecen y deslucen la primitiva concepción orijinal.

De mí sé decir que, prescindiendo del disgusto que me causa el que un escritor calque una composición en otra suya, me deleitan y regocijan las obras á medio hacer ó de primera mano, cuyos rasgos inconexos y como trazados al descuido, dejan traslucir, más que comprender, el vago pensamiento artístico. El cuadro cuyas figuras están

apenas delineadas; la pieza musical de notas trémulas y misteriosas; la mal pulida estatua que embellece á rumoroso jardín; el interrumpido y lejano són de una campana; un pedazo de cielo azul, un rizo rubio, unos ojos negros, una mano de nácar; todo lo que pudiéramos denominar fragmentos de la hermosura de la naturaleza y de la hermosura del arte, me embarga y suspende el ánimo, de extraña, halagadora é inexplicable manera. Y tal creo que acontece á todos mis semejantes. Más admira y embelesa un solo raptó de inspiración que la monótona serie de agradables ritmos y cadencias. Un canto aislado de *La Iliada* vale más que todo el poema artificioso y frío de D. Alonso de Ercilla. La extremada lima suele afean, lejos de embellecer, las obras artísticas. Así el *Quijote*, obra escrita de priesa, sin previo ensayo ni posterior pulimento, es infinitamente más grande que la novela de *Persiles y Segismunda*, que Cervantes aderezó y bruñó con prolijo esmero.

Peón y Contreras debe dejar, en consecuencia, los romances que forman esta galería de cuadros dramáticos tal como los concibió y produjo en el primer momento de inspiración, y así valdrán tanto ó más que si les diese ulterior y más extensa y jenuina estructura escénica. Un ingenio de primer orden recomendó á los poetas que no violentasen el numen y que esperaran, para escribir, á que ajitase la mente: es dable añadir á la máxima que no se debe retocar una obra escrita en un instante de inspiración, cuando ya el espíritu no tenga la misma idoneidad. Hay inminente riesgo de flaquear en la demanda y de no salir con éxito.

La virtud de la inspiración es tal que guía y conduce al poeta hasta en la elección de la forma literaria más adecuada al asunto que enardece su fantasía. Así Peón y Contreras, sin anterior ni preconcebido intento, eligió para estos bocetos el romance octosílabo, que á la elegancia y sencillez de su mecanismo, une y añade su gran facilidad narrativa. Obró cuerdamente al escojerlo, que en él, por

lo demás, y según anda en lenguas, es docto y consumado maestro.

Tiene su historia, como todos los libros, el que hoy entrega al dominio del público.

Héla aquí, tan breve como es.

El sentido poeta Joaquín Trejo, que entre paréntesis se distingue también como romancero, pidióle á fines de 1878 una poesía para el *Anuario universal*, cuya publicación preparaba el conocido editor D. Filomeno Mata, y accediendo á darla Peón y Contreras, pensó algo que de lo vulgar se separase, la noche del mismo día, y, al siguiente, puso en manos de Trejo el romance titulado *Doña Brenda*, el primero de los en este volumen insertos, que van colocados según orden cronológico. Meses después, juzgando oportuno y de alguna novedad el escribir una colección de varios de la propia índole, dedicó á la empresa los pocos ratos de ocio que le permite el arduo ejercicio de su profesión humanitaria, y fué acopiando paulatinamente los materiales del libro que hoy da á la estampa.

Tres de estos romances han visto ya la luz, por separado, en las columnas de *El Cronista de Méjico*. En el *Anuario universal* correspondiente al año de... 1879, apareció, como antes dije, el de *Doña Brenda*, origen de todos. Los demás se dan por primera vez á la imprenta.

Ahora bien, estos bocetos, que he principiado por calificar de encantadores, ¿tienen prendas suficientes para merecer tal dictado, ó mi grande afecto á Peón me compele á mirarlos al través de prisma color de rosa? No soy amigo de afirmar nada sin pruebas, y paso á exponer la razón de mi fallo.

Es común dictamen entre personas capaces de voto en cuestiones literarias que, para que una obra de arte sea digna de este nombre, debe ser bella en el cuerpo y en el alma, en la forma y en la esencia. Con demostrar yo que llenan ambas condiciones los presentes romances, habré demostrado también que los calificué exactamente, y que soy su juez y no su defensor ni su abogado.

Tan ostensible y manifiesta es la belleza de su forma, que no haré grande esfuerzo para patentizarla. Suma sencillez y elegancia suma en el estilo; descripciones de figuras, sitios y objetos, que ni con pincel y en lienzo dibujados tendrían más verdad, viveza y colorido; imajenes y tropos cuya exactitud y gallardía nada dejan que desear; caracteres múltiples, verosímiles, bien definidos, llenos de virilidad y entereza, y trazados con tres ó cuatro rasgos vigorosos; escenas cuyo movimiento palpita al través de la gráfica narración, pocas veces alternada con breves y expresivos diálogos: hé aquí los más brillantes arreos de estos romances. Su estilo no es ciertamente de lo más pulido y castigado que imaginarse pueda; pero ni Peón y Contreras quiere hacer alarde de clásico, ni la escrupulosidad meticulosa de la dicción constituye la más valiosa prenda de una obra literaria, si bien son estimables siempre la tersura, integridad y pureza del lenguaje. Ha cuidado Peón únicamente de que el estilo sea bello, claro y sencillo, de que su transparencia deje ver en todo su esplendor las galas de la inspiración, como el cristal del arroyo deja ver las matizadas pedrezuelas de su lecho, y no se ha preocupado con ahinco, ni era necesario, de colocar simétricamente las palabras y frases, en testimonio de vasallaje al tenso canon gramatical.

La primera y más sobresaliente belleza del estilo de Peón estriba en su orijinalidad. Comenzó en los albores de su vida literaria por imitar á García Gutiérrez y al duque de Rivas, de estilos bastante diferentes, y como al fin y al cabo tenía inspiración propia y fuerzas suficientes para volar sin ayuda de ajenas alas, pronto se desligó de tales influencias, acabando por formarse un estilo peculiar, eminentemente airoso, flexible y elegante, que le distingue, separa y singulariza entre todos los artifices de la opulenta lengua cervantina. Principiando por imitar buenos modelos se llega á tener buen estilo propio, según la respetable opinión del clásico y egregio poeta castellano D. Manuel José Quintana. No viniendo á ser el estilo más

que la veste de las concepciones, si éstas tienen la necesaria potencia de originalidad, tiene de ser aquel irremisiblemente original.

En cuanto al espíritu de estos romances, con decir que es el mismo de los dramas del propio autor, está definido y explicado. El incondicional y profundo sentimiento del honor, como base y disciplina de conducta y régimen; el encendido ardor caballeresco en toda su recrudescencia, como estímulo y acicate de levantadas hazañas y osadías; la más amplia y completa libertad de albedrío, como factor inmediato y responsable de todos los actos consumados; el amor ardentísimo, con su cortejo de celos, desengaños, arrobamientos y esperanzas, como objeto y móvil de todas las aspiraciones, proezas, desenfrenos y delitos; el hondo remordimiento de la conciencia manchada, como pena ineludible de las malas acciones y los crímenes: hé aquí el espíritu de estos romances. ¡ Nada más bello é inefable que ensalzar las excelencias del alma y cubrir con el velo de la poesía sus mezquindades é impurezas! Templo magnífico levanta Peón y Contreras al bien y á la virtud, y en sus aras quema la mirra de su ingenio. Pone obstáculos y escollos, rodea de tentaciones y apetitos al carácter virtuoso y entero, para que, superándolos, sirva de ejemplo y enseñanza. Parece como que la virtud que no lucha, que no vence resistencias, que no entra en abierta conflagración con elementos perniciosos, no es virtud ó no tiene por lo menos energía y firmeza. De aquí los trances y encuentros, de tan difícil desenvoltura, en que á sus personajes coloca Peón y Contreras, y de los cuales brota la colisión dramática, como la pólvora atacada de la mina á que se prende fuego.

Es vivísimo y terrible el incendio de las pasiones en estos romances, por cuanto son nada más el epílogo ó el desenlace de dramas que se han venido desarrollando en la sombra y que estallan de repente, como el volcán, entre elámpagos de luz, borbollones de la lava, estruendos y temblores.

Bastan las precedentes breves consideraciones, en apoyo de las cuales cito los mismos romances, para dejar demostrado que éstos son bellos en el cuerpo y en el alma, en la forma y en la esencia. ¿ Se necesitan aún más pruebas? Allí están ellos: examínelos el lector, analice sus bellezas, mida su grandeza de concepción, pese sus calidades literarias, y juzgándolos con recto y sano criterio, habrá de convenir conmigo en que lejos de excederme en el elogio, ha sido parca, cuanto sincera, mi alabanza.

Desearía, para dar mayor peso á mis razones, comprobarlas con trozos entresacados de los romances; pero me persuado de que es mejor recomendar su atenta lectura, ya que, de copiar lo estimable que tienen, me vería constreñido á copiarlos íntegros. Difícil por extremo sería elegir los mejores pasajes, siéndolo todos.

Para darles más vaguedad, no les ha fijado Peón ni tiempo ni lugar. Sábese únicamente que pasan en edad caballeresca, por el tinte peculiar de los hombres, trajes, muebles, usos y costumbres que en ellos se describen, y, sobre todo, por los característicos sentimientos de nobleza, valentía y honor á que sus personajes obedecen. En cuanto al lugar, lo mismo se puede suponer que tienen efecto en España ó en Méjico, como en el Perú ó en otra cualquiera de las naciones sometidas al yugo español, durante el siglo de los grandes atrevimientos y de las grandes conquistas.

Hay entre ellos uno que se aparta y separa de la índole dominante en los demás, cual es el denominado *Alfredo*, y que encierra todo un poema de congoja y luto para Peón y Contreras. Aquel nombre llevó en vida uno de sus hermanos queridísimos, cuya súbita y temprana muerte le hirió con aguda saeta en lo más íntimo del corazón, y era natural que, como poeta, exhalase su dolor en melancólicas cadencias. Bajo el velo celestial de hermosísima alegoría, refiere, con seráficos acentos de ternura y amor, el reñido combate que traban la muerte y la vida, antes de que la primera logre arrebatarse del mundo á un alma vir-

tuosa y bella. Este delicado y conmovedor romance es el único de la colección que no tiene carácter trágico. Tiene, sí, como ninguno de los otros, hondísimo sentimiento, desbordado del alma y apenas contenido en el estrecho molde de la palabra. Es una ternisíma elejía, escrita con lágrimas.

No he pretendido hacer en este prefacio un verdadero juicio crítico de los *Romances dramáticos* de Peón y Contreras. Hubiera sido mucho pretender. Sólo he deseado escribir algo que pudiese servirles de introducción ó proemio, ya que es costumbre que los libros vayan precedidos de estas cosas. Peón y yo, además, nos vamos habituando á que cada una de las brillantes obras que publica lleve al frente algunas humildes palabras mías.

F. J. GÓMEZ FLORES.

DOÑA BRENDA

—
Á ALFREDO CHAVERO.

Celos tiene Doña Brenda
De Don Diego de Moncada,
Pues le han dicho que está loco
De amores por una dama,
Que es de ilustre nacimiento,
Que es de elevada prosapia :
Negro azabache los ojos,
De marfil las manos blancas,
Dos rosas las dos mejillas,
Leve pié, frente de nácar,
Portentosa la hermosura
Y su dulce nombre Laura.

Despierta está Doña Brenda
Y soñando el de Moncada :
¡ Siempre los celos en guardia !
Él sueña con sus amores —
Bien lo dicen sus palabras —
Y Doña Brenda, del lecho,
Convulsa y turbada, salta.
“ Laura, murmura D. Diego,
“ Jura obedecerme, Laura ;
“ Sé que D. Luis te enamora,
“ Si dices que no, me engañas :
“ Jura que sola conmigo
“ Saldrémos de aquí mañana. ,,
No escucha más Doña Brenda,

Jira en torno la mirada ;
Cerca de ella está una silla,
Sobre la silla una capa,
Un gran sombrero de plumas,
El talabarte y la daga.

Se arroja sobre el acero,
Desnúdalo su venganza,
Y en el pecho de D. Diego
Con mano firme lo clava.
— Brenda, D. Diego murmura.
¡ Infeliz! ¿ Por qué me matas ?
— Traidor... Traidor... — Doña Brenda
Dice con voz airada.
— Con esa mujer infame
No has de partírte mañana.
— ¿ Qué murmuras, Brenda mía ?
¿ Qué mujer es esa ?

Laura....

Y de un D. Luis tienes celos.
— ¡ Yo, de D. Luis de Moncada ?
— ¡ Celos tú de nuestro hijo ?
— No case con doña Laura
El inexperto mancebo,
Que es doña Laura su hermana.
De amor que de mozo tuve
Fruto fué la desdichada.
— Perdona, Diego, perdona,
Doña Brenda loca exclama.
D. Diego no le responde,
Que está D. Diego sin habla.
Doña Brenda espera en vano,
Suenan doce campanadas,
Lívida está como el muerto,
No puede soltar el arma.
Sale de su casa y corre
Por las calles y las plazas :

Va tras de ella la justicia....
La justicia no la alcanza.

Corre de día y de noche,
Un solo instante no pára,
Y hasta que llega la muerte
Ni sosiega ni descansa.

Después de morir le vieron
Las ropas ensangrentadas :
¡ Siempre los ojos abiertos,
Siempre en la diestra la daga !

1878

SANCHO BERMÚDEZ DE ASTORGA

—
A MI HERMANO JUÁN.

I.

Está triste y desvelado
El conde Sancho de Astorga,
Y no sabe por qué causa
Ni sosiega ni reposa ;
Por dos veces en el lecho
Llamó al sueño con faz torva,
Y de nuevo otras dos veces
Levantóle su zozobra.
Abre el balcón de la estancia,
Al antepecho se asoma,
Y su mirada vaguea,
Ya del cielo en la ancha bóveda,
Ya en el lejano horizonte
Que las montañas recortan,
Ya en las brumas impalpables
Que por el espacio flotan,
Ya en el huerto : entre los árboles,
Entre las tinieblas hórridas,
Se le figura que mira,
Cual dos fantasmas, dos sombras.
Negra capa envuelve á la una,
Blanca túnica á la otra.

— 409 —

— ¿Quién serán? dice Don Sancho,
¿Quién serán á tales horas?

II.

Dirijese conturbado
Al camarín de su esposa :
El lecho estaba vacío,
En gran desorden las ropas,
Hundida la muelle almohada,
La lámpara silenciosa,
El tierno niño en la cuna,
Y una sonrisa en su boca.
— ¡Es ella la infame ! ¡Es ella !
Clama Don Sancho, y retorna
Á su aposento y un rico
Arcabuz airado toma.

III.

Del balcón muy cerca vagan
Los dos amantes, que inmolan
En aras de su cariño
Paz, ventura, y hasta el honra.
La luna arrojó un instante
Su blanca luz melancólica,
Iluminando los rostros
De un mancebo y una hermosa.
— ¡Es ella...! Repite el conde.
¡Desventurada traidora !
Y es él, mi primo Don Arias,
¡El traidor que me la roba !
Subió la sangre á sus sienes,
Tendió el arma matadora,
Y apuntó ; pero no sabe
Á quién primero le toca
Lavar con su sangre ardiente.

La mancha de su deshonra,
Si él á quién tanto ha querido,
Si ella á quién aún tanto adora.
En perplejidad tan grave,
En vacilación tan hosca,
Oye estas dulces palabras
Que el aire trae en sus hondas :
— « Si tú murieras, bien mío,
« Muerta mi esperanza loca,
« En el corazón al punto
« Hundiera mi daga toda »
— ¡ Pues húdela ya, Don Arias !
Grita el conde con voz ronca,
Y del arcabuz tendido,
Partió la muerte, celosa
De tanta dicha. — Bañada
En sangre, en la verde alfombra
Cayó la dama, lanzando
Un ¡ ay ! de mortal congoja.
— ¡ Maldito seas, maldito
Sancho Bermúdez de Astorga ! —
Gritó Don Arias, jimiendo
En convulsión espantosa.
Llevó á la cinta la mano,
Brilló la luna en la hoja,
Y en el corazón al punto
Hundióse la daga toda.

Dejó el arcabuz Don Sancho
En un rincón de su alcoba,
Y fuése al lecho, y durmióse
Hasta el rayar de la aurora.

1879.

MARGARITA

—
Á VICTORIANO AGÜEROS.

I.

Margarita estaba triste,
Triste y sola. — Margarita
Que nunca tuvo placeres,
Ni nació para alegrías.
Cuando el maternal cariño
Hizo falta á su alma tímida,
Y preguntó por su madre
Á un rodrigón que la mima,
Y á una dueña octojenaria
Que la cuidó desde niña,
Que con el alma la quiere
Y amorosa la acaricia
Lleváronla hasta la iglesia
Y enseñáronle una fría
Sepultura, á los fulgores
De una lámpara bendita.
Allí desde muchos años
Su pobre madre dormía,
Y allí lloró muchas horas,
Triste y sola, Margarita.

II.

Hasta allí se fué una tarde

Margarita desolada,
Y ante la fúnebre losa
Dijo estas tristes palabras :
— ¡Ay, madre! ¡Madre querida!
¡Ay, madre mía del alma!
Con un hombre á quien no quiero
Van á casarme mañana.
— ¡Mañana...! Repitió el eco
De las bóvedas sagradas.
— Sí, mañana, madre mía,
Murmuró la desdichada,
Creyendo que de la tumba
Su madre le contestaba,
Y allí derramó á torrentes
El tesoro de sus lágrimas.

III.

Es Don Gaspar de Hinestrosa
Un señor de horca y cuchillo,
Rubio el cabello y la barba,
Miradas de basilisco;
Nunca en su vida ha llorado,
Nunca en su vida ha reído;
Negro es su humor como tizne,
Y el alma negra lo mismo.
Con él quieren que se case
Margarita, y se lo ha dicho
Á la doncella su padre,
Que es indomable y altivo,
Que cuando tiene un deseo
Necesario es el cumplirlo,
Que no se ablanda con lágrimas,
Ni con ruegos ni suspiros.

IV.

Ha terminado la boda,

Ha terminado la fiesta;
Margarita, coronada
De azahar y de azucenas,
De rodillas y jimiendo
En el rincón de la iglesia,
Ante la lápida triste
De esta manera se queja :
— ¡Ay madre! Ya estoy casada,
Y sé que á las seis me espera
El que es mi señor y dueño,
Y mi albedrío encarcela.
¡Ay madre, madre del alma!
Dime tú, ¿qué me aconsejas?
Antes de partir mi lecho
Con quien el alma detesta,
Quisiera bajo la losa
Que tus despojos encierra
Dormir madre... ¡Dime, madre!
¿Si no es mejor estar muerta?...
— ¡Muerta!... Reprodujo el eco
De las bóvedas excelsas.
— ¿Muerta? Exclamó Margarita.
Bien, madre, esta noche mesma.

V.

Estaba el sol moribundo
Espirando entre tinieblas,
Cuando la dama, llorosa,
Salió al atrio de la iglesia.
Rumbo á su noble morada
Cruzó las calles estrechas.
Llegó á su casa... En su alcoba
Entró con frente serena.
Mudos, de ella se despiden
El rodrigón y la dueña,

Los únicos que la quieren...
¡ Sólo á ellos quiso ella !
Los ojos vuelve hacia el lecho,
Los cortinajes despliega;
Suenan las seis en los aires,
Cuenta las seis y se acuesta.
Reclina en la almohada blanca
La peregrina cabeza,
Y conteniendo el resuello,
Margarita inmóvil queda.

No respira Margarita,
La acosa el aire y no ceja,
Que le niega el paso al aire
Su voluntad que es inmensa.
De su tez el blanco lirio
Se marchita y azulea,
Hínchase el pecho y se cuaja
Su virjen sangre en las venas.
Oye en són confuso y leve
Unos pasos que se acercan...
No oye más... En su cerebro
Se han roto al fin las arterias.

— ¡ Margarita ! ¡ Margarita ! —
Grita Don Gaspar y entra
En la estancia. — ¡ Margarita ! —
Margarita no contesta :
Descorre los cortinajes...
Margarita estaba muerta,
Con la frente coronada
De azahar y de azucenas.

1879.

RAMIRO RAMÍREZ

—
Á FRANCISCO PATIÑO.

I.

Nieve el marmóreo semblante,
Las negras pupilas fuego,
Viva imagen espantosa
Del exterminio y los celos,
En la mitad de la estancia,
Empuñando agudo hierro,
Está Ramiro Ramírez
De rencor y de ira lleno.
Cerca de él, de un gentil hombre
Yace el cádaver sangriento,
Y á sus plantas Berenguela
Doblega el lánguido cuello.
— Mi amor á un tiempo y mi honra
Me robaba ese mancebo....
Pagareis con vuestras vidas
Mi honor y mi amor á un tiempo.
— Justo es, murmuró la dama :
Herid, pues que sois mi dueño,
Y en un solo punto acaben
Mis tormentos y los vuestros.
Brilló en la sombra la daga :
Se oyó murmurar un rezo :
Tras un grito, el golpe rudo